

**Cartas Hiperbóreas**

**El crepúsculo de las dictaduras**

(Véase la entrega anterior)

2

En Caracas, en Venezuela, han quedado excluidas del lenguaje corriente las palabras «barba» y «rapada»... Posiblemente «remojo», también.

Oír una de estas cosas un gendarme, o, lo que es peor, uno de los espías que pululan por entre las cerdas de la policía y arrestar al indiciado es cosa automática, fatal, oficial. La prensa no publica nada de lo que viene ocurriendo en otras repúblicas, y si lo publica es aderezándolo en forma que no moleste el sueño patriarcal del amo.

No pasa de ser una sutileza palaciega eso de aplicarle al General Gómez lo de «cuando veas la barba de tu vecino rapada echa la tuya en remojo».

Ahora bien, esta clase de persecuciones sutiles aporta una gran extensión de derivados cómicos: si «rapada» es cosa que se usa poco en el vulgo de mi país donde suelen decir «raspada», y remojo es muy extenso, y de mayor tolerancia para las orejas policiacas, «barba», la inofensiva y peluda barba está desterrada del lenguaje criollo, y cuando dos granujas se encuentran a distancia ambos se tocan el mentón como si se alisasen una imaginaria y prohibida barba, y el gendarme les advierte entre paternal y amenazador:

—Vamos a dejarse de tirarle al gobierno.

A estos extremos de ridículo descenden en sus postrimerías regímenes cuya fisonomía tétrica váse tornando máscara de enano o espantapájaros...

El miedo tiene en Venezuela una organización mucho más adecuada, si bien menos simple que en otros países. El miedo al patíbulo de los infractores legales en los medianamente constituidos, el miedo a las prisiones bajo severa sentencia, el miedo a la multa, etc. Todos son miedos razonables y puede que hasta saludables.

El miedo en Venezuela es—como sin duda lo será en países similares aunque escasos—cosa complicada y compleja. El pueblo le teme al gobierno, el gobierno al pueblo, Pérez le tiene miedo al gobierno y el gobierno a Pérez, y aquél y éste a Gómez y al pueblo, y Gómez le tiene miedo al pueblo, al gobierno y a Pérez y Pérez, el pueblo y el gobierno le tienen pavor a Gómez que a su vez le tiene miedo al miedo que le tienen a él. Pérez, el Gobierno y el pueblo.

Con este rompecabezas Venezuela va viviendo su ignominia dorada por de fuera, tétrica y feroz dentro.

Sin embargo, es aquella una situación que de prolongarse batiría el más escandaloso *record* internacional en materia de palo y paciencia.

Gómez ha tenido la rara fortuna de coger un país en una época de transición, cuando los antiguos elementos, gastados o desacreditados, no aportaban entusiasmo alguno, o cuando menos parecían ofrecer la mejor probabilidad posible de mejora. Además, se les había visto — quizás excesivamente mal visto — hasta el día antes asistiendo al alumbramiento del nuevo régimen. La juventud de entonces, que hoy dobla el cabo de los cuarenta años, salida del aplastamiento momentáneo de Castro, se arrojó, resuelta, en los brazos del que llegaba y queriendo innovar metió el pie en la misma huella fangosa que estampó el pasado cercano. Por «rehabilitar» la república contribuyó a desacreditar a los hombres y a las cosas de ayer, y sólo rehabilitó el sistema mohoso, chirriante que ya enmohecía en los días mismos de Crespo y aun de Castro. ¿Qué ocurrió luego?

La gran guerra se echó encima del mundo y todo manejo tuvo las manos libres y una opinión ahogada en el humo de los grandes obuses era bien poca cosa para que nada ni nadie se ocupase de una pequeña nacionalidad, despotizada y enigmática en un litoral del Caribe.

Luego vinieron las componendas de la paz; la crisis económica hizo presa en el mundo, y el pequeño país—exteriormente *solvente*, bien financiado, bien propagandeado,—se consideró como un refugio ordenado y seguro, un predio apacible, donde podrían hacerse inversiones y de donde aun antes de estallar el conflicto universal comenzaba a fluir el aceite, tanto más importante en aquellos días cuanto que la administración Wilson, y posteriormente los escándalos senatoriales del *Tea-pot dome* hacían a la California suculente algo más dura de succionar.

Mientras tanto, otra generación, la que hoy tiene de 25 a 30 años se desarrollaba en el interior, bajo su múltiple «control» de padres de familia que «no se metían en política» y de profesores que sí se metían. La opinión, la celebridad, la consagración, el prestigio, los honores todos intelectuales, cívicos, industriales se manufacturaban a base del favor oficial, o mejor, del favor muy incidental y muy personal de un hombre «fuerte y bueno» que apuñaleaba a la libertad cada mañana y medía cada tarde un metro de macadám en algún sendero, o fundaba un conuco, o cortaba el cupón de una acción cualquiera.

La noción materialista criolla envileció y contagió a unos cuantos—acaso los más—y esa segunda serie de hombres

jóvenes o languideció, o se rebeló y fué destripada, o se vendió y la pagaron.

Quedaba aún detrás la niñez de antes de la guerra que es la adolescencia del centenario de Carabobo y la juventud actual... Apeló al mitin público, comenzando por la protesta civil y derivando hacia las formas violentas del motín, de la asonada y del golpe de cuartel. Nada! El guantelete de hierro de un ejército inconsciente bajo jefes absurdos lo dominó todo; y sobre los despojos dispersos de la estudiantada, las alpargatas de Maracay en una danza frenética y montaraz pulverizó cuanto de relieve y resistencia había.

Fuera, la voluntad más templada y los esfuerzos de mayor cordura; abnegaciones, renunciaciones ¡todo! se estrella, se disuelve, se corrompe y se convierte en cosa de escarnio casi infantil—siempre infame—entre una patulea de advenedizos o de olvidadizos que tienen las manos todavía tibias de los favores recibidos.

Y así, no es de extrañar que al «caso» de Venezuela como nepotismo suceda un orden de cosas provocado en el seno mismo de su propia razón de ser: esto es, una mañana, un jefe de guarnición, un procónsul lejano con recursos efectivos se rebele de hecho y cree el derecho de venir a suceder en el solio del mando único al caduco dictador desaparecido.

Dicen muchos que sólo la muerte de Gómez ocasionaría esto. Conocen poco a sus compatriotas quienes así piensan. Lo único que ha contenido en Venezuela el cuartelazo es la idea de que no contaría luego con el favor casi unánime, o por lo menos suficientemente fuerte, de la opinión y que los hombres «del exterior» aprovecharían el esfuerzo interno.

Pero a esta fecha y a esta hora, sacrificado lo último y lo único que restaba por sacrificar, acallados en su propia impotencia los charlatanes heroicos y clarificadas las leyendas grotescas, no pudiendo responder a las ametralladoras de Gómez sino a descargos de adjetivos, y de epítetos y de citas de Bolívar y de Sucre, los que dentro del país tienen un mando, una batería, un puñado de soldados dóciles, disciplinados, eficientes, deben ir pensando en que sonó para ellos la hora de reclamar la herencia del «jefe único», con la absoluta convicción y la seguridad que deben tener de que—salvo excepciones contadísimas— todos estos «patriotas» enemigos «acérrimos» de Gómez, como lo eran de la restauración de Castro, pero que figuraron en ambas, y los neopatriotas de última hora no ven ya el momento de irse para allá a vivir otra etapa un poco más provechosa y menos verbal de la que han pasado dando graznidos en los ramajes lejanos y esperando que otros degüellen al toro padre para venir a devorar tripas tibias.

Quien ha visto a 1908 no se sorprenderá de 1931.

De ahí que la palabra «barba» tenga actualmente en Caracas un significado terrible.

José Rafael Pocaterra

**CONTEMPORANEOS**

Revista Mexicana de Cultura  
DIRECTOR:

B. Ortiz de Montellano  
Aparece mensualmente

En el extranjero: un número... Dlls. 0.25  
Suscripción a 6 Nos. .... 1.50

Apartado Postal 1811.  
MEXICO, D. F.